

EPISTEMOLOGÍA E HISTORIA DE LA CIENCIA

SELECCIÓN DE TRABAJOS DE LAS XV JORNADAS

VOLUMEN 11 (2005)

TOMO II

Horacio Faas

Aarón Saal

Marisa Velasco

Editores



ÁREA LOGICO-EPISTEMOLÓGICA DE LA ESCUELA DE FILOSOFÍA
CENTRO DE INVESTIGACIONES DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons atribución NoComercial-SinDerivadas 2.5 Argentina



Las políticas de la historización de acontecimientos recientes

Verónica Tozzi*

Entre las numerosas peculiaridades de la historiografía desde sus inicios en la Grecia Clásica, encontramos la de historizar sucesos de su pasado reciente, a un punto que parece hacernos políticamente dependientes de ella. Es a raíz de esta misteriosa dependencia que intentaré, en lo que sigue, reflexionar sobre los problemas epistemológicos y políticos que atraviesa hoy la producción de representaciones históricas de sucesos recientes de carácter traumático, historización originada en la demanda de todos aquellos que, ya sea por el hecho de haber sido víctimas de violencia extrema o de siglos de postergación y discriminación, hoy reclaman autoría y protagonismo en la producción de la representación histórica acerca de su experiencia y de lo que sucedió. Es una dificultad persistente para la disciplina historiográfica, sea del pasado remoto o reciente, violento o no, alcanzar una interpretación satisfactoria y consensuada sobre lo que ocurrió. Descrito de un modo optimista, podemos decir que el pluralismo interpretativo es su marca, aunque siendo realistas debemos reconocer que está atravesada por encarnizadas polémicas.

No obstante, el carácter controversial y conflictivo de la investigación histórica no debe hacernos soslayar el hecho de que el historiador dispone de gran cantidad de información confiable de los sucesos que investiga, y esto es así también para el caso de estos sucesos recientes, sólo que lamentablemente esa información no basta para arbitrar los desacuerdos. Es más, ha sido varias veces señalado que a mayor información, los acuerdos son más difíciles de alcanzar. Ahora bien, en los casos particulares que nos ocupan, los historiadores cuentan también con testimonios de primera mano de las experiencias de los directamente afectados. Esta experiencia ha cumplido, y yo quiero apropiarme de ello en lo que sigue, una doble función en la investigación historiográfica, una de carácter epistémico, por su valor incalculable de acceso, aunque no directo, a lo que sucedió. Y otra de carácter político, por ser demandas vivas de escuchar la voz de los afectados. Es sobre esta base que la historiografía corriente ha considerado crucial otorgar el privilegio epistémico a estas experiencias para dirimir representaciones en conflicto. Es mi propósito en la presente comunicación efectuar una crítica a la noción de privilegio epistémico, esto es, a considerar que son las experiencias de las víctimas las que en última instancia determinarán cuál interpretación es la más adecuada. Más aun, sostendré que una atención acrítica a esta demanda tiene consecuencias inadmisibles desde el punto de vista político y epistemológico.

Mi propuesta apunta a elaborar una forma de considerar la historización orientada a la representación de sucesos traumáticos recientes que recupere una dimensión crítica de la historia como actividad protagónica en la producción de políticas de cambio y conformación de una memoria colectiva crítica. En este sentido, la actividad historizadora debe oponerse a aquellas representaciones del pa-

* Universidad de Buenos Aires. Universidad Nacional de Tres de Febrero.

Epistemología e Historia de la Ciencia, Volumen 11 (2005)

sado que, aduciendo fidelidad a ciertas experiencias históricas como privilegiadas, fijen arbitrariamente nuestras imágenes del pasado, obstaculizando *la promoción de mayor investigación y, accidentalmente, poniendo en riesgo la aparición de nuevas y más significativas representaciones del pasado*. Es con esta aspiración que últimamente he indagado en alternativas más amplias de apreciación de los méritos relativos de representaciones en competencia que eviten reducir la elección entre ellas a decisiones arbitrarias. Las investigaciones de Thomas Nickles en torno a la ampliación de la vieja distinción entre contexto de descubrimiento y justificación, por la de generación, prosecución y aceptación acuden en nuestro auxilio. En 1989, esta etapa intermedia es precisada en términos de "evaluación heurística", con el objeto de preservar la autonomía de la práctica de valorar positiva o negativamente una teoría o interpretación historiográfica, en nuestro caso, por abrir nuevas áreas de investigación, suscitando nuevas cuestiones, de la práctica de juzgar su éxito o fracaso predictivo en el caso de las ciencias naturales, o méritos pasados de conformidad estricta con la evidencia disponible (algo claramente indecidible en nuestra disciplina).¹

En un trabajo anterior, concentrándome en el reciente debate de los historiadores Browning y Goldhagen sobre las motivaciones de los perpetradores de las matanzas durante el Tercer Reich, analicé la manera en que se puede decidir proseguir una interpretación en detrimento de otra en términos de evaluación heurística y como intervenía la evidencia documental en ello.² En el presente trabajo, aplicaré este análisis al rol de la experiencia de las víctimas de sucesos traumáticos recientes en la producción de representaciones históricas de los mismos. Mi propósito es mostrar que una evaluación heurística de ellas contribuye a despejar las particulares dificultades que atraviesa la representación histórica de los acontecimientos traumáticos recientes, en particular aquellos que, por su carácter de extrema violencia, mantienen abiertas heridas, haciendo difícil sino imposible llegar a un acuerdo en su interpretación. La persistencia en el siglo veinte de genocidios promovidos desde la política estatal, o la perpetuación velada de discriminación y opresión poscolonial, a pesar de su clara condena, suscitan más preguntas que respuestas en términos de su comprensión. Sucesos como el Holocausto, el genocidio armenio, las guerras étnicas y en nuestro país las víctimas del terrorismo de estado y de la aventurada incursión en Malvinas durante la última dictadura militar, imponen al historiador *ciertos límites* a las interpretaciones que haga de ellos, exigiéndole que evite, al hacerlos comprensibles, atenuar justamente su carácter extremo. El desafío consiste en atender a la experiencia de los sobrevivientes sin bastardearla. Sorprendentemente, estos acontecimientos testifican el hecho paradójico de partida de la disciplina histórica, por ser acontecimientos de los que se tiene y se puede tener gran cantidad de información confiable, al tiempo que su marca más destacable es la imposibilidad de alcanzar acuerdos en cuanto a su significado o interpretación.³

Similares dificultades y análogas reflexiones provienen de los desafíos lanzados a la historiografía académica por parte de numerosos movimientos de derechos civiles en el siglo veinte, inspirados en el multiculturalismo, el feminismo y los procesos de descolonización. Sus militantes reclaman ser ellos los autores de la reconstrucción histórica de los sucesivos padecimientos a los que ellos y sus predecesores fueron sometidos por largos períodos del pasado. Nuevamente,

apropiarse del relato de las múltiples vejaciones, opresiones y discriminaciones, se basa también en la exigencia de que su interpretación no obnuble la extrema experiencia de las víctimas, a través de algún artificio contextualizador del tipo de la apelación a las condiciones o fuerzas históricas que obligaron o al menos posibilitaron su ocurrencia. En estrecha sintonía con la demanda de autoría entendemos el cuestionamiento a la legitimidad de la historiografía académica en la producción de estas representaciones.

En todos estos casos se efectúa (1) un llamado a atender a la experiencia de los directamente afectados con el objeto dar voz a sus reclamos y (2) se asiste a la dualidad de disponibilidad de información y dificultad de consenso interpretativo. Ahora bien, muchos de los teóricos e historiadores de estos sucesos y procesos recientes de nuestra historia, pretenden establecer una particular relación que derive prescriptivamente (1) de (2). De la imposibilidad de llegar a acuerdos en interpretaciones historiográficas que den significado a dichos sucesos se promueven, como más adecuadas y auténticas, aquellas representaciones que sean directamente expresivas de las experiencias de las víctimas y eviten, mediante argucias discursivas del tipo de las narrativas históricas, poner punto final a la interpretación, arrojando al olvido el mal acontecido y el sufrimiento padecido. Se manifiesta en este tratamiento el otorgamiento a las víctimas de estos acontecimientos de un privilegio epistémico o punto de vista privilegiado desde el cual configurar las representaciones de dichos sucesos. Esto es, sustentados en la demanda epistémica de evitar distorsiones, y la demanda política de no olvidar lo que se sufrió, se erige a su experiencia en tribunal histórico. Ahora bien, el privilegio epistémico puede adquirir varias formas. Destacaremos tres incompatibles entre sí, con el objeto de mostrar que la noción de privilegio epistémico no se sostiene ni epistémica ni políticamente.

En respuesta a los desafíos a la representación planteados por los acontecimientos traumáticos, Hayden White⁴ ha impulsado el rechazo de las formas académicas de escritura histórica típicas del siglo veinte. La historiografía profesional, en su intento de dar significado al Holocausto en términos de condiciones políticas, económicas o sociales, para mostrar su esperabilidad a partir del contexto, clausura su interpretación y obstruye la posibilidad de volver a repensarlos donando sentido a la experiencia de las víctimas como parte de un proceso mayor. La extremidad y peculiaridad de esa experiencia es así ahogada en la corriente de la historia. La respuesta de White no obstante se apartará de aquellos que se llaman a silencio o a reproducir (como propone el cineasta Claude Lanzmann) testimonios de sobrevivientes. Fiel a su prescriptiva de buscar en la literatura los instrumentos de comprensión histórica, recomienda imitar el estilo literario modernista o el monólogo interior como la forma adecuada de representación de estas experiencias. Al mantener un tono de duda y perplejidad frente a lo que pasó, el monólogo interior evita de este modo, distorsionar la siempre experiencia de la perplejidad y del sinsentido de la víctima acerca de lo que le sucedió. Su padecimiento no puede tener ningún sentido.

Involucrados en una apreciación heurística de la representación histórica, la estrategia de White tiene la apariencia positiva de promocionar representaciones que persistan en la duda y la perplejidad para evitar anclar el suceso en el pasado y sumirlo en el olvido. Sin embargo, si el tono de duda y perplejidad no se tradu-

ce en preguntas concretas que nos lleven a volver una y otra vez a ellos, que nos obliguen a verlos desde otro punto de vista, pensarlos de otra manera, persistiendo en volver dialógicamente, manteniendo abierta la disputa, nos arriesgamos a cometer el pecado que se quería evitar. La iteración literal de la experiencia traumática, el plantarse en la repetición del testimonio de las víctimas con el objeto de cancelar las típicas preguntas históricas: por qué, cómo, etc., se presume un remedio contra las respuestas que eliminen la experiencia de la perplejidad. Sin embargo, a mi juicio, esa estrategia de repetición monótona del testimonio es la que arriesga a echarlo en el olvido, limbo mnémico, al no sólo no promover sino literalmente clausurar la investigación histórica, única manera, de mantener abiertas las preguntas que nos obliguen a volver a dichos sucesos.

Otro caso acuciante, y en respuesta a los reclamos de legitimidad de identidades lanzados desde el multiculturalismo, el feminismo y los efectos de la descolonización, nos lo proporciona la estrategia objetivista y realista de Satya Mohanty (1997).⁵ Para él, privilegio epistémico no es lo mismo que acceso privilegiado a la experiencia propia. Más aun, los reclamos de legitimidad de la identidad política, no necesitan adoptar ni una posición esencialista o individualista de la experiencia personal ni una totalmente escéptica, reduciéndola a fabricación o mistificación radical. Pretendiendo escapar de esta, según él, falsa disyuntiva, y haciéndose cargo del carácter teóricamente cargado de toda experiencia, afirma que la experiencia de los sujetos tiene un componente realmente cognitivo y por tanto evaluable en términos de verdad o falsedad, en el sentido de que la experiencia individual se comprende en términos de la identidad cultural de la persona y su identidad cultural se expresa en términos de su ubicación social objetiva. (p. 216) Es en términos de este particular aspecto, su locación social real, que el oprimido para Mohanty puede detentar un privilegio epistémico, pues su experiencia puede ser tanto fuente de conocimiento como de justificación social acerca de las condiciones de opresión. En otras palabras, la experiencia no es fundamento autoevidente pero sin embargo, provee el material bruto con el que construir su identidad (su locación social objetiva) y avanzar a su liberación. (p. 204) La tesis de Mohanty consiste en sostener que otorgando ese privilegio al oprimido, al Otro, se abre la posibilidad de que la propia perspectiva epistémica, es decir, la de la academia a la que él pertenece, advierta su potencial parcialidad, formada también por su ubicación social y necesite ser ella misma comprendida y revisada.

Si bien Mohanty avanza en su consideración cognitiva de la experiencia y en el reconocimiento de su revisabilidad, la pretensión de otorgar privilegio epistémico es inconducente. En primer lugar, por ser él mismo quien reconoce que la experiencia no puede ser fundamento de conocimiento dado su carácter teóricamente cargado, con lo cual los conflictos teóricos no pueden apelar a la experiencia para su resolución. En segundo lugar, tampoco se sostiene que el descubrimiento de la contingencia y revisabilidad del punto de vista propio depende de que se le otorgue el privilegio epistémico al oprimido. Pues el propio oprimido puede necesitar del punto de vista de otro (incluso el académico) para reinterpretar su propia experiencia en términos de discriminación, postergación u opresión. De hecho, Mohanty mismo reconoce la necesidad para las personas oprimidas, como por ejemplo las mujeres, de participar en movimientos políticos específicos donde es justamente el intercambio con sus pares informadas lo que les permite

tener la experiencia adecuada, esto es, percibir o experimentar sus sentimientos de angustia en términos de los efectos de la discriminación machista. En definitiva, Mohanty utiliza confusamente la noción de privilegio epistémico, noción que sugiere la adopción del punto de vista desde el que accederemos a la representación adecuada, verdadera u objetiva de una situación. No obstante, lo que él logra efectivamente mostrar es la urgencia y necesidad de preocuparnos por la situación del oprimido y consecuentemente que este encuentro nos haga revisar nuestras propias creencias simplemente por el hecho de descubrir que otros piensan distinto. En un caso se trata sólo de un privilegio o reconocimiento de tipo político y en el otro de una motivación heurística, pero en ninguno de legitimidad cognitiva.

La evaluación a mi juicio más acertada del rol de la experiencia humana y personal en la investigación histórica y la que más se acerca a la tesis que quiero defender en este trabajo, es la de Reinhart Koselleck. En un artículo titulado "Transformaciones de la experiencia y cambio metodológico: un ensayo histórico-antropológico",⁶ analiza y ejemplifica cómo diferentes experiencias históricas y cambios en la experiencia histórica han contribuido a cambios metodológicos en la disciplina. Si bien el trabajo no trata con la experiencia de las víctimas de distintos sucesos traumáticos o violentos a lo largo de la historia sino que se ocupa de comparar cómo experiencia y método se han relacionado en las diferentes perspectivas de los mismos historiadores, su análisis resulta pertinente para nuestro tema. Dice Koselleck que hay un viejo principio que afirma que la historia es hecha por los vencedores. Sin embargo, esto sólo puede mantenerse si adoptamos una perspectiva de mediano y corto plazo, focalizada en aquellos sucesos que los trajo a la victoria. Para el historiador alineado del lado de los perdedores, la experiencia primaria y contundente es que nada salió como se esperaba, motivándolo a buscar en procesos más largos y estructuras más amplias las condiciones que limitaron la realización de los planes e intenciones humanos. "La experiencia de ser derrotado contiene un potencial epistemológico que trasciende su causa, especialmente cuando al derrotado se le exige reescribir la historia general en conjunción con la suya propia." (2002, p. 77) Supuestamente, podríamos trazar una analogía entre el rol que Koselleck otorga al historiador que escribe desde su experiencia de la derrota y el rol que White y Mohanty otorgan a la víctima sin voz y sin historia, en cuanto a la recomendación de adoptar esa perspectiva para escribir la historia. Pero la recomendación de Koselleck no debe ser leída en clave fundacionista, esto es, en el sentido de adoptar el punto de vista que nos da acceso a la realidad, sino como una recomendación metodológica, en nuestros términos heurística, de promocionar aquellos puntos de vista que estimulen más y más investigación.

Es tiempo de ensayar algunas precisiones acerca de los criterios de una evaluación heurística de representaciones en competencia, es decir, favorecer programas que estimulen mayor investigación. La primera recomendación se dirige a cómo deberíamos abordar, desde una perspectiva filosófica, el análisis de la práctica historiográfica. Una manera, promovida tal vez involuntariamente por el narrativismo actual, es analizar cada obra histórica aisladamente de su contexto de producción y recepción, esto es, analizar su forma discursiva y evaluar si formalmente (en su caso en términos estéticos) ofrece una consideración adecuada o

interesante (en términos políticos o estéticos) de la cuestión. Por el contrario, nuestra aproximación heurística nos aconseja atender a la práctica historiográfica concreta, para afortunadamente revelarnos su carácter esencialmente polémico. Con este diagnóstico, estamos obligados a tener en cuenta no sólo una interpretación o representación sobre los sucesos en cuestión, sino también otros trabajos sobre el tema, reseñas de los mismos, en definitiva, las discusiones que motivó y las nuevas investigaciones a las que dio lugar.

La segunda recomendación, dirigida a la práctica historiográfica concreta -en nuestro caso a aquella comprometida en la representación del pasado reciente- es que no se prive de adueñarse de todos los recursos a su disposición, esto incluye tanto la información documental, teorías de otras disciplinas y, por supuesto, los testimonios experienciales de las víctimas. Es una exigencia heurística y política escuchar al otro, revisar lo propio, pero de manera recíproca, es decir, debemos favorecer instancias que promuevan diálogos controversiales, nunca el silencio, riesgo que las propuestas posmodernas no dejan de correr. Desde una perspectiva heurística, entonces, la apropiación de la experiencia no puede significar la donación del privilegio epistémico del oprimido. Fundamentalmente, porque dicha donación se arriesga a pasar por alto que aquello que llamamos experiencia muchas veces no es otra cosa que la iteración acrítica de la "historia oficial", historia que en primer lugar, en su propia iteración puede contribuir a perpetuar las condiciones opresivas, y en segundo lugar y más importante, porque la ofrenda de privilegio cognitivo a su padecer es el reverso del silencio y el olvido.

Permítanme en este punto evocar una experiencia cara a los argentinos, relacionada con la Guerra de Malvinas. Es una deuda pendiente la participación en la construcción de la memoria de Malvinas, más específicamente, tomar coraje y enfrentar la pregunta qué fue Malvinas para los argentinos. Como señaló recientemente Rosana Guber,⁷ la memoria de Malvinas se ha convertido para los argentinos en una especie de pasado vergonzante y partidario propiedad exclusiva de las Fuerzas Armadas del Proceso, de este modo, ante la imposibilidad de enfrentar su, a primera vista, "oportunistica" actitud frente a la ocupación (de apoyo al principio y de repudio luego de la derrota), la sociedad optó por el olvido, exiliando a sus soldados al limbo del sinsentido. (cf. P. 164) Concretamente, encontramos tres miradas que han cristalizado la imagen de los ex soldados. En primer lugar, la de los analistas bélicos británicos y estadounidenses limitadas a destacar su papel de protagonistas no entrenados del evento bélico. En segundo lugar, la de autores militares argentinos defensores de la iniciativa oficial, destinadas a promover retratos del patriotismo de los argentinos y relatos heroicos de anécdotas de batallas. Finalmente, encontramos aquella imagen a la que la mayoría de los argentinos en tanto miembros de la sociedad civil contribuimos a forjar, la de los ex soldados como víctimas del autoritarismo argentino. Esta es la imagen vigente en la mayoría de los círculos políticos críticos, centrada en la reunión de testimonios de los abusos de los militares en una relación de dominación absoluta y unilateral, en el marco de la manipulación política de los comandantes sobre la sociedad civil en general. (cf. P. 21) Paradójicamente, señala Guber, las "...memorias de los soldados, son más complejas, no caen en el heroísmo y el patriotismo pero tampoco en la ingenuidad, la ignorancia y la obsecuencia. Más bien suelen presentar escenas y trayectorias atravesadas por el dilema, la contra-

dicción y la paradoja de una guerra que solo un puñado de argentinos vivió de manera directa." (p. 24) Sin embargo, los argentinos apenas nos hemos anoticiado de esta complejidad demandante.

Deseo denunciar en este punto, que el temido *limbo mnémico* en el que se ha sumido la experiencia de aquellos que estuvieron en Malvinas, arrastrando a su abismo a los propios soldados, es el producto inverso del prejuicio subyacente al privilegio epistémico donado a la experiencia de la víctima. Dado que se supone que la experiencia es irrevisible e incontestable, en lugar de problemática, conflictiva y narrativa o teóricamente constituida, se evita escuchar o dialogar con aquellos con los que no compartimos la angustia de la derrota y la reivindicación de la gesta. Como suponemos que su experiencia es privilegiada y por tanto indiscutible, la única alternativa para no tener que aceptar su visión es no escucharlos, dado que se reduce el escuchar a otro a aceptar y legitimar su punto de vista. Pero este prejuicio proviene de otro prejuicio más velado, la idea de que la mejor representación histórica del pasado reciente es aquella en la que se eliminan todos los conflictos y se alcance el acuerdo sobre la versión oficial, en definitiva, dar el certificado de defunción a la investigación sobre el evento.

Atender al que sufre, prestar atención a la experiencia de las víctimas, escuchar la voz de los siempre postergados, mirar al pasado como lo mira un derrotado no puede involucrar que ciertas experiencias o perspectivas nos orienten privilegiadamente en la producción y elección de representaciones. Lo que sí puede significar dejarse conmover, inquietar, enojar y hasta enfurecer, lo que en el ámbito disciplinar se traduce en promover mayor investigación suscitando nuevas preguntas y discusiones. En suma, la carencia de perspectivas privilegiadas no es algo por lo que nos tengamos que amargar. Así como tampoco nos debe paralizar el no contar con una evidencia neutral y definitiva. Una evaluación de los méritos heurísticos de las representaciones históricas explica, a mi juicio, por qué no puede haber, ni debería de haber, una visión privilegiada para representar los acontecimientos históricos, por el contrario, nos obliga incluso a ser críticos y a estar alertas frente a todo intento de donar privilegios epistémicos a víctimas o perdedores, del mismo modo que no se los otorgamos a tiranos y vencedores.

Notas

¹ Nickles, Thomas (ed.) (1980) *Scientific Discovery, Logic and Rationality*, Reidel Publishing Company, Introductory Essay. Y Nickles, Thomas, (1989) "Heuristic appraisal: a proposal" en *Social Epistemology*, vol. 3, No. 3, pp. 175-178

² Tozzi, Verónica, "Evaluación heurística en la historiografía. El debate Browning-Goldgahen", en Klimovsky (ed.) *Los enigmas del descubrimiento científico*, Editorial Alianza, 2005.

³ Para un detallado análisis de los límites de la representación ver Friedlander, Saul (ed.), *Probing the Limits of Representation: Nazism and the "Final Solution"*, Cambridge Harvard University Press, 1992 y LaCapra, *Writing History, Writing Trauma*. The Johns Hopkins University Press, Baltimore and London, 2001

⁴ "El acontecimiento modernista", en Hayden White, *El texto histórico como artefacto literario*. Paidós, Barcelona, 2003, pp. 224-225 (Introducción de Verónica Tozzi, traducción Verónica Tozzi y Nicolás Lavagnino.

⁵ Mohanty, Satya, *Literary Theory and the Claims of History. Postmodernism, Objectivity, Multicultural Politics*, Cornell University Press, 1997

⁶ Koselleck, Reinhart, "Transformations of Experience and Methodological Change: A Historical-Anthropological Essay" en Koselleck, *The Practice of Conceptual History. Timing History, Spacing Concepts*, Stamford U. P., California, 2002

⁷ *De chicos a veteranos. Memorias argentinas de la guerra de Malvinas*. Editorial Ides, 2004